

El extinto GUACAMAYO glauco

Martín Rodríguez Pontes **INGENIERO AGRÓNOMO**

A lo largo de la cuenca del río Uruguay, en el noroeste de nuestro territorio, se encuentran los palmares de yatay (*Butia yatay*; Arecaceae), ocupando menor extensión que los de su pariente butiá (*Butia odorata*) en el sureste. Los primeros se extendían antiguamente por el noroeste de Uruguay, el noreste de Argentina y el sur de Brasil. Como consecuencia de la acción humana sus antiguos paisajes visual y sonoro han devenido en la actual monotonía de palmeras senescentes de gran parte de los relictos de este peculiar bosque. Estas poblaciones son los últimos vestigios de la memoria ecológica de una compleja formación vegetal que estuvo conformada por una matriz de palmeras asociada a estratos basales arbóreos, de matorral o pajonal, con una fauna caracterís-

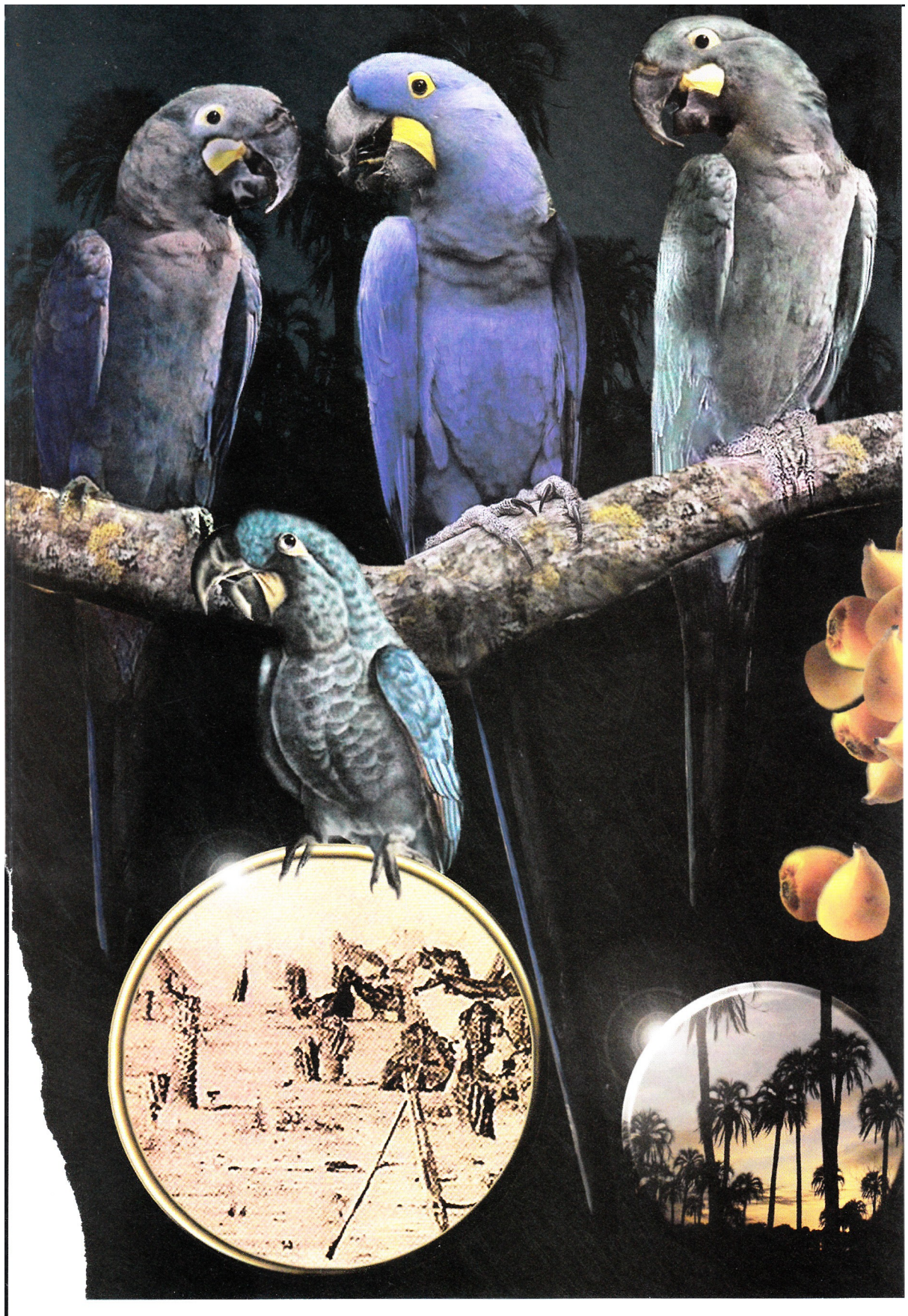
tica. Restan escasos relictos de palmares con mínima alteración en toda su antigua área de distribución. O tal vez ninguno, ante pérdidas irreversibles de su diversidad biológica que han acontecido en su pasado reciente.

En 1816 un gran guacamayo sudamericano azul-turquesa con cierta iridiscencia, descrito ya en 1767, era denominado en Francia por Louis Jean Pierre Vieillot como *Anodorhynchus glaucus*. En 1950 tal vez sería visto por última vez por el zoólogo uruguayo Raúl Vaz Ferreira cerca de Bella Unión (Artigas), según su relato. «Vi un loro azul, un poco verdoso, similar a los guacamayos azules, pero más chico; obviamente más chico. Estaba parado sobre un poste de alambrado, al lado de eucaliptos más bien chicos. Pensé que se trataba de un animal cautivo y escapado. Me acerqué a él y él se voló.

PÁGINA DE ENFRENTÉ:

ARRIBA (izquierda a derecha): *Anodorhynchus leari*, *A. hyacinthynus* y *A. glaucus* (recreado digitalmente). ABAJO (izquierda), ilustración del guacamayo glauco (Saint-Hilaire, 1837-38); (derecha) con parte de una foto de 1866 de un palmar destruido por la Guerra de la Triple Alianza. ABAJO (derecha), imagen actual de un palmar de yatay y frutos de esta especie.

Recreación digital: Martín Rodríguez Pontes. Fuentes: www.sciencedaily.com; www.versele-laga.eu; Wikipedia.



Se fue del lugar donde yo estaba a un grupo de eucaliptos que estaba cerca. En ese tiempo era cosa admitida que el *Anodorhynchus glaucus* se encontraba en Uruguay (había sido citado en la lista de Tremoleras, que era la lista que manejábamos entonces), con lo cual, en un primer momento, no tuve duda en atribuirlo a esta especie. Cuando se llamó la atención sobre la rareza de la especie, comparé el recuerdo de aquel espécimen con otros guacamayos o aras azules. Bueno, era obviamente diferente. Era más chico y lo que me pareció, por lo menos, es que era más verdoso, menos azul que los ara azul conocidos.» Las dudas de Vaz Ferreira surgían de datos que sugerían el carácter poco común de esta especie durante el siglo XIX, catalogada en 1895 por el naturalista argentino Eduardo Ladislao Holmberg como «muy rara». Solamente hay tres registros en la primera mitad del siglo XX, y ninguno desde entonces.

Según es descrito en los párrafos siguientes, nunca parece haber sido muy numeroso. No formaba grandes bandadas; volaba en pares o en grupos reducidos. Como todo loro, pertenecía al orden de aves Psittaciformes. Integraba el grupo de los grandes papagayos azules. Uno de ellos es el guacamayo azul o jacinto (*Anodorhynchus hyacinthinus*), de un metro de largo, del que sobreviven pocos miles de ejemplares en Brasil, Paraguay y Bolivia. Es el ave viviente de pico más fuerte y potencialmente peligroso, lo que no le impide ser objeto de tráfico de fauna. Rivaliza en su condición de loro mayor del mundo con el gravemente amenazado papagayo lechuza neozelandés *Strigops habroptilus*, extrañísima especie que emite una agradable fragancia floral. El restante miembro del género es el brasileño guacamayo índigo o de Lear (*Anodorhynchus leari*), de 70 centímetros de largo.

Descubierto en 1856, había sido considerado extinto en la naturaleza y solamente existente en cautividad hasta su redescubrimiento en 1978. Lentamente se recupera de un estado poblacional más que crítico (140 ejemplares), alcanzando hoy casi 800 individuos. Nuestro *Anodorhynchus glaucus* también era un loro de gran tamaño (72 centímetros) distribuido antiguamente por el sur de Brasil, el noreste de Argentina, el este de Bolivia, Paraguay, y el no-

roeste de Uruguay. Su plumaje turquesa pálido de reflejo cambiante azul-verdoso variaba con la incidencia de la luz —fenómeno único entre los grandes papagayos—, destacando su particular belleza y disimulando su presencia mediante el cripticismo con el glauco follaje de las palmas yatay para eludir a los predadores. Las descripciones del naturalista Félix de Azara en 1807 avalan estos atributos: «[...] todo el resto, sin excepción, es celeste encima y lo mismo debajo, aunque menos vivo, pero en la oposición de la luz cambia en verde mar».

El naturalista francés Alcides D'Orbigny, recorriendo los antiguos palmares del Paraná en 1827, también relata acerca de «esta bella especie de ara azul que los guaraníes nombran araracá» y que a «todo el largo de la barranca se veían diseminadas yuntas de guacamayos color verde glauco, cuyos gritos agudos repetía sin cesar el eco del bosque». Bourjot Saint-Hilaire ha legado en 1837-38 una excelente ilustración de la especie. No existen fotografías a color de ella, y las pieles disecadas de los museos revelan apagadamente la tonalidad que tuvieron en vida. Ha sido necesario el análisis de fuentes historiográficas y de fotografías de los especímenes 256884, 20944 y 256885 del Instituto Smithsonian (Estados Unidos), por parte del autor de este trabajo, para recrear la tonalidad en vida de esta ave en las figuras de este artículo.

Su desaparición obedece a causas múltiples. En primer término deben considerarse sus características ecológicas, tan especializadas que la hacían vulnerable a los impactos en su hábitat. Su dieta estaba basada predominantemente en frutos drupáceos, únicamente en cierta fase de madurez, de *Butia yatay*. Esta ave poseía además complejos requerimientos de sitios de nidificación. Azara señala en 1807 que «[...] cría no sólo en agujeros de troncos, sino más bien y con mayor frecuencia en los que fabrica en las barrancas verticales de los ríos Paraná y Uruguay [...]. Cada cual se mostraba ante los enormes agujeros que cava en la barranca, para desovar, o posado en las ramas colgantes de los árboles que coronan las costas». A partir de este relato y de datos de biología comparativa puede deducirse que, al igual que su cercano pariente *Anodorhynchus*



El guacamayo glauco en su ambiente, y dos ejemplares resaltados. Arriba, a la izquierda, área de distribución de la especie.
 Recreación digital: Martín Rodríguez Pontes. Fuentes: www.floradeluruguay.blogspot.com; www.sciencedaily.com; Google Maps

leari, nidificaba principalmente en oquedades de barrancas asociadas a cursos hídricos, y en menor grado en troncos huecos, depositando probablemente no más de dos huevos. Estas grandes restricciones de los hábitos de dieta y de nidificación permiten suponer una alta selectividad de hábitat: esta especie habitaba los palmares de *Butia yatay* y zonas asociadas a esteros, pajonales y monte de parque. En toda su área de distribución hubo de haber conformado una gran metapoblación, con una relativa abundancia local de ejemplares en ciertas zonas y su total ausencia en otras. La primera descripción conocida de esta especie por parte del sacerdote jesuita español José Sánchez Labrador en 1767 parecería avalar esta carac-

terística poblacional: «Hay muchísimas de estas aves en los bosques de la orilla oriental del río Uruguay, en las selvas del río Paraguay se ven raras. Se amansan grandemente y hacen algunas cosas que sorprenden. En el pueblo intitulado La Concepción de Nuestra Señora, compuesto de indios guaraníes, había un *guaa* de estos azules muy manso».

En segundo término deben mencionarse los grandes disturbios ambientales que acontecieron a partir del siglo XIX con la expansión de la navegación por las cuencas de los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, la actividad agrícola-ganadera, la deforestación y la destrucción de los palmares que ya preocupaba a D'Orbigny en 1827. Como si esto fuera poco, el escenario

de la terrible Guerra de la Triple Alianza, que en 1865-70 protagonizaron Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay, se superponía al área de distribución del guacamayo glauco. Las graves destrucciones de su hábitat que ocasionó este conflicto, con toda su artillería y tropas, pueden visualizarse en la documentación fotográfica o pictórica de la época. Nunca pudieron reponerse ni el guacamayo glauco ni la palma yatay de la merma de sus poblaciones que estos factores de impacto ocasionaban. El tráfico de fauna, el efecto de la erosión genética y la endogamia de sus reducidas poblaciones, sumadas a posibles enfermedades, dieron el golpe de gracia a la supervivencia del guacamayo glauco. Hoy solamente restan –como testimonio de su pasada existencia– unas cuantas piezas óseas y una veintena de descoloridas pieles disecadas repartidas en museos de Argentina, Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. Aunque expediciones científicas han salido sin éxito en su búsqueda a finales del siglo xx, existen confusos testimonios y rumores persistentes de la presencia del guacamayo glauco en remotos parajes de Paraguay. Se estima que, de no estar extinto, quedaría un exiguo máximo de 50 individuos. Otra posibilidad es que pudiera tratarse de ejemplares de alguno de los otros dos *Anodorhynchus*. No todo parece estar perdido. Estudios recientes demostrarían que tanto *Anodorhynchus leari* como *Anodorhynchus glaucus* podrían ser subespecies entre sí; únicamente difieren en el tono del azul de su plumaje: índigo y turquesa, respectivamente.

La total ausencia de diferencias osteológicas siempre ha dificultado su correcta identificación en las colecciones científicas. Incluso alguna piel desecada atribuida por largo tiempo al glauco ha resultado ser del índigo. Han surgido propuestas a largo plazo de introducir el guacamayo índigo –en el caso de que su lenta recuperación continúe– en zonas actualmente protegidas del hábitat ancestral del guacamayo glauco. Sin embargo, los exiguos remanentes existentes de la vegetación original ponen en duda la viabilidad del regreso en el siglo xxi de los grandes guacamayos azules a estas regiones. Que tampoco serían los mismos que hubo en el pasado.

Los otros loros presentes en Uruguay son el de cabeza azul (*Aratinga acuticaudata*), el maracaná (*Aratinga leucophthalma*), el de cabeza negra (*Aratinga nenday*), el barranquero (*Cyanoliseus patagonicus*), la cotorra (*Myopsitta monachus*), y el chiripepe (*Pyrrhura frontalis*), pero ya hemos perdido al Psittaciforme más espectacular de nuestra ornitofauna. Junto con el chorlo polar (*Numenius borealis*; aves: Charadriiformes), el *Anodorhynchus glaucus* seguramente ya integra la lista de aves autóctonas extintas por causas humanas. Aún puede evitarse que varias de nuestras restantes especies ornitológicas figuren como candidatas a su próximo ingreso en dicha lista. ■

Bibliografía

- Alvarenga, H., «*Anodorhynchus glaucus* e *A. Leari* (Psittaciformes, Psittacidae): osteología, registros fósseis e antiga distribuição geográfica», en *Revista Brasileira de Ornitologia*, 15(3): 427-432. 2007.
- BirdLife International, «*Anodorhynchus glaucus*. Lista roja de especies amenazadas de la UICN». 2010.
- Bertonatti, C., «Los últimos días del guacamayo azul», en *Vida Silvestre*, número 78. Argentina. 2001.
- Chebez, J. C., *Los que se van. Especies argentinas en peligro, guacamayo violáceo o azul*. Buenos Aires. Editorial Albatros, 1994.
- Collar, N. J., Gonzaga, L. P., Krabbe, N., Madroño Nieto, A., Naranjo, L.G., Parker, T. A., Wege, D. C., *Threatened Birds of the Americas*. Smithsonian Institution Press of Washington and London. 1992.
- Geymonart, G., Rocha, N., *Butiá. Un ecosistema único en el mundo*. Montevideo. Zonalibro. 2009.
- Olmos, A., *Aves en el Uruguay y su distribución*. Montevideo. Tradinco. 2011.
- Pittman, T., «The Glaucous Macaw. Does it still exist?», en *Parrot Society Magazine*, vol. xxvi. 1992.
- Pittman, T., «The Glaucous Macaw. Dead or alive?», en *Just Parrots* número 19. 1997.

Martín Rodríguez Pontes. Biólogo, ingeniero agrónomo y docente en el Consejo de Formación en Educación (CFE).